

□ Tiempo de lectura: 12 min.

San Francisco de Sales pone en el centro de la formación humana el corazón, sede de la voluntad, el amor y la libertad. Partiendo de la tradición bíblica y dialogando con la filosofía y la ciencia de su tiempo, el obispo de Ginebra identifica en la voluntad la “facultad maestra” capaz de gobernar las pasiones y los sentidos, mientras que los afectos – sobre todo el amor – alimentan su dinamismo interior. La educación salesiana busca, por tanto, transformar deseos, elecciones y resoluciones en un camino de dominio propio, donde la dulzura y la firmeza convergen para orientar a toda la persona hacia el bien.

En el centro y en la cima de la persona humana, san Francisco de Sales coloca el corazón, hasta el punto de decir: «Quien conquista el corazón del hombre conquista todo el hombre». En la antropología salesiana no se puede dejar de notar el uso abundante del término y del concepto de *corazón*. Esto sorprende aún más porque en los humanistas de la época, impregnados de lenguajes y pensamientos tomados de la antigüedad, no parece posible descubrir una insistencia particular en este símbolo.

Por un lado, este fenómeno se explica por el uso común y universal del sustantivo *corazón* para designar la interioridad de la persona, especialmente en referencia a su sensibilidad. Por otro lado, Francisco de Sales debe mucho a la tradición bíblica, que considera el corazón como la sede de las facultades más elevadas del hombre, tales como el amor, la voluntad y la inteligencia.

A estas consideraciones se podrían quizás añadir las investigaciones contemporáneas de anatomía relacionadas con el *corazón* y la circulación de la sangre. Lo importante para nosotros es aclarar el significado que Francisco de Sales atribuía al corazón, partiendo de su visión de la persona humana cuyo centro y cima son la voluntad, el amor y la libertad.

La voluntad, facultad maestra

Con las facultades del espíritu, como el intelecto y la memoria, se permanece en el ámbito del conocer. Ahora se trata de adentrarse en el ámbito del actuar. Como ya habían hecho san Agustín y algunos filósofos como Duns Escoto, Francisco de Sales asigna el primer lugar a la voluntad, probablemente bajo la influencia de sus maestros jesuitas. Es la voluntad la que debe gobernar todas las «potencias» del alma.

Es significativo que el *Teótimo* comience con el capítulo titulado: «Cómo, por la belleza de la naturaleza humana, Dios ha dado a la voluntad el gobierno de todas las facultades del alma». Citando a santo Tomás, Francisco de Sales afirma que el hombre tiene «poder pleno sobre todo tipo de accidentes y acontecimientos» y que «el hombre sabio, es decir, el hombre que sigue la razón, se hará maestro absoluto de los astros». Con el intelecto y la memoria, la voluntad es «el tercer soldado de nuestro espíritu y el más fuerte de todos, porque nada puede sobrepasar el libre querer del hombre; ni siquiera Dios, que lo creó, quiere forzarlo o violentarlo de ninguna manera».

Sin embargo, la voluntad ejerce su autoridad de maneras muy diversas, y la obediencia que se le debe es notablemente variable. Así, algunas de nuestras extremidades, no impedidas para moverse, obedecen a la voluntad sin problema. Abrimos y cerramos la boca, movemos la lengua, las manos, los pies, los ojos a nuestro antojo y tanto como queremos. La voluntad ejerce un poder sobre el funcionamiento de los cinco sentidos, pero es un poder indirecto: para no ver con los ojos, debo apartarlos o cerrarlos; para practicar la abstinencia debo ordenar a las manos que no lleven comida a la boca.

La voluntad puede y debe dominar el apetito sensible con sus doce pasiones. Aunque este tiende a comportarse como «un sujeto rebelde, sedicioso, inquieto», la voluntad a veces puede y debe dominarlo, incluso a costa de una larga lucha. La voluntad tiene poder también sobre las facultades superiores del espíritu, la memoria, el intelecto y la imaginación, porque es ella quien decide aplicar el espíritu a tal objeto y apartarlo de este o aquel pensamiento; pero no puede regularlas y hacerlas obedecer sin dificultad, ya que la imaginación tiene la característica de ser extremadamente «cambiante y voluble».

Pero, ¿cómo funciona la voluntad? La respuesta es relativamente fácil si se refiere al modelo salesiano de la meditación o oración mental, con las tres partes que la componen: las «consideraciones», los «afectos» y las «resoluciones». Las primeras consisten en reflexionar y meditar sobre un bien, una verdad, un valor. Esta reflexión normalmente produce afectos, es decir, grandes deseos de adquirir y poseer ese bien o valor, y estos afectos son capaces de «mover la voluntad». Finalmente, la voluntad, una vez «movida», produce las «resoluciones».

Los «afectos» que mueven la voluntad

La voluntad, siendo considerada por Francisco de Sales como un «apetito», es una «facultad afectiva». Pero es un apetito racional y no sensible o sensual. El apetito

produce movimientos, y mientras los del apetito sensible son ordinariamente llamados «pasiones», los de la voluntad se llaman «afectos», porque «presionan» o «mueven» la voluntad. El autor del *Teótimo* también llama a los primeros «pasiones del cuerpo» y a los segundos «afectos del corazón». Subiendo del ámbito sensible al racional, las doce pasiones del alma se transforman en afectos razonables.

En los diferentes modelos de meditación propuestos en la *Introducción a la vida devota*, el autor invita a Filotea, mediante una serie de expresiones vivas y significativas, a cultivar todas las formas de afectos voluntarios: el *amor* del bien («volver el corazón hacia», «aficionarse», «abrazar», «apegarse», «unirse»); el *odio* al mal («detestarlo», «romper todo vínculo», «pisotear»); el *deseo* («aspirar», «implorar», «invocar», «suplicar»); la *huida* («despreciar», «separarse», «alejarse», «remover», «abjurar»); la *esperanza* («¡vamos pues! ¡Oh corazón mío!»); la *desesperación* («¡oh! ¡mi indignidad es grande!»); la *alegría* («alegrarse», «complacerse»); la *tristeza* («afligirse», «confundirse», «humillarse»); la *ira* («reprochar», «expulsar», «arrancar»); el *miedo* («temblar», «asustar el alma»); el coraje («animar», «fortalecer»); y finalmente el *triunfo* («exaltar», «glorificar»).

Los estoicos, negadores de las pasiones – pero erróneamente – admitían sin embargo la existencia de estos afectos razonables, que llamaban «*empatías*» o buenas pasiones. Afirmaban «que el sabio no codiciaba, sino que quería; que no sentía alegría, sino gozo; que no estaba sujeto al temor, sino que era prudente y cauteloso; por lo que era impulsado solo por la razón y según la razón».

Reconocer el papel de los afectos en el proceso decisorio parece indispensable. Es significativo que la meditación destinada a desembocar en las resoluciones les reserve un papel central. En ciertos casos, explica el autor de la *Filotea*, se pueden casi omitir las consideraciones o abreviarlas, pero los afectos nunca deben faltar porque son ellos los que motivan las resoluciones. Cuando surge un afecto bueno, escribía, «habrá que dejarle rienda suelta y no pretender seguir el método que les he indicado», porque las consideraciones se hacen solo para excitar el afecto.

El amor, primer y principal «afecto»

Para san Francisco de Sales, el amor siempre aparece en primer lugar tanto en la lista de las pasiones como en la de los afectos. ¿Qué es el amor? preguntaba Jean-Pierre Camus a su amigo, el obispo de Ginebra, quien le respondió: «El amor es la primera pasión de nuestro apetito sensitivo y el primer afecto del apetito racional, que es la voluntad; dado que nuestra voluntad no es otra cosa que el amor al bien,

y el amor es querer el bien».

El amor gobierna los demás afectos y entra primero en el corazón: «La tristeza, el temor, la esperanza, el odio y los otros afectos del alma no entran en el corazón si el amor no los arrastra consigo». Siguiendo la estela de san Agustín, para quien «vivir es amar», el autor del *Teótimo* explica que los otros once afectos que habitan el corazón humano dependen del amor: «El amor es la vida de nuestro corazón [...]. Todos nuestros afectos siguen nuestro amor, y según él deseamos, *nos deleitamos, esperamos y desesperamos, tememos, nos animamos, odiamos, huimos, nos entristecemos, nos enojamos, nos sentimos triunfantes*».

Curiosamente, la voluntad tiene ante todo una dimensión pasiva, mientras que el amor es la potencia activa que mueve y conmueve. La voluntad no llega a decidir si no es movida por un estímulo predominante: el amor. Tomando el ejemplo del hierro atraído por el imán, se debe decir que la voluntad es el hierro y el amor el imán.

Para ilustrar el dinamismo del amor, el autor del *Teótimo* utiliza también la imagen del árbol. Con precisión botánica, analiza las «cinco partes principales» del amor, que es «como un hermoso árbol, cuya raíz es la conveniencia de la voluntad con el bien, el tronco es el placer, el tronco es la tensión, las ramas son las búsquedas, los intentos y otros esfuerzos, pero solo el fruto es la unión y el goce».

El amor se impone a la misma voluntad. Tal es la fuerza del amor que, para quien ama, nada es difícil, «para el amor nada es imposible». El amor es fuerte como la muerte, repite Francisco de Sales con el *Cantar de los Cantares*; o mejor dicho, el amor es más fuerte que la muerte. Si se piensa bien, el hombre vale solo por el amor, y todas las potencias y facultades humanas, especialmente la voluntad, tienden a él: «Dios quiere al hombre solo por el alma, y el alma solo por la voluntad y la voluntad solo por el amor».

Para explicar su pensamiento, el autor del *Teótimo* recurre a la imagen de las relaciones entre hombre y mujer, tal como estaban codificadas y vividas en su tiempo. La joven mujer entre los enamorados que la cortejan puede elegir al que más le gusta. Pero después del matrimonio, pierde la libertad y de señora se vuelve sometida a la potestad del marido, quedando atrapada por aquel que ella misma eligió. Así la voluntad, que tiene la elección del amor, después de haber abrazado uno, queda sometida a él.

La lucha de la voluntad por la libertad interior

Querer es elegir. Mientras uno es niño, sigue siendo completamente dependiente e incapaz de elegir, pero al crecer las cosas cambian rápidamente y las elecciones se imponen. Los niños no son ni buenos ni malos, porque no pueden elegir entre el bien y el mal. Durante la infancia caminan como quienes salen de una ciudad y por un tiempo van derecho; pero después descubren que el camino se divide en dos direcciones; les corresponde elegir la de la derecha o la de la izquierda a voluntad, para ir a donde quieran.

Por lo general, las elecciones son difíciles porque requieren renunciar a un bien por otro. Usualmente la elección debe hacerse entre lo que uno siente y lo que quiere, porque hay una gran diferencia entre sentir y consentir. El joven tentado por una «mujer liviana», de quien habla san Jerónimo, tenía la imaginación «sumamente ocupada por tal presencia voluptuosa», pero superó la prueba con un puro acto de la voluntad superior. La voluntad, asediada por todas partes y empujada a dar su consentimiento, resistió la pasión sensual.

La elección también se impone frente a otras pasiones y afectos: «Pisen con los pies sus sensaciones, desconfianzas, miedos, aversiones» — aconseja Francisco de Sales a una persona a la que dirigía —, pidiéndole que se ponga del «lado de la inspiración y la razón contra el lado del instinto y la aversión». El amor se sirve de la fuerza de voluntad para gobernar todas las facultades y todas las pasiones. Será un «amor armado» y tal amor armado someterá nuestras pasiones. Esta voluntad libre «reside en la parte suprema y más espiritual del alma» y «no depende de nada más que de Dios y de uno mismo; y cuando todas las demás facultades del alma están perdidas y sometidas al enemigo, solo ella permanece dueña de sí para no consentir de ninguna manera».

Sin embargo, la elección no está solo en el objetivo a alcanzar, sino también en la intención que preside la acción. Es un aspecto al que Francisco de Sales es particularmente sensible, porque toca la calidad del actuar. De hecho, el fin perseguido imprime un sentido a la acción. Se puede decidir realizar un acto por muchos motivos. A diferencia de los animales, «el hombre es tan dueño de sus acciones humanas y razonables que las realiza todas por un fin»; incluso puede cambiar el fin natural de una acción, añadiendo un fin secundario, «como cuando, además de la intención de socorrer al pobre a quien se dirige la limosna, añade la intención de obligar al indigente a hacer lo mismo». Entre los paganos, las intenciones rara vez eran desinteresadas, y en nosotros las intenciones pueden estar contaminadas «por el orgullo, la vanidad, el interés temporal o algún otro motivo malo». A veces «fingimos querer ser los últimos y nos sentamos al final de la mesa, pero para pasar con más honor a la cabecera».

«Purifiquemos entonces, Teótimo, mientras podamos, todas nuestras intenciones»,

pide el autor del *Tratado del amor de Dios*. La buena intención «da vida» a las acciones más pequeñas y a los gestos cotidianos simples. En efecto, «alcanzamos la perfección no haciendo muchas cosas, sino haciéndolas con una intención pura y perfecta». No hay que perder el ánimo, porque «siempre se puede corregir la propia intención, limpiarla y mejorarla».

El fruto de la voluntad son las «resoluciones»

Después de haber puesto en evidencia el carácter pasivo de la voluntad, cuya primera propiedad consiste en dejarse atraer por el bien que le presenta la razón, conviene mostrar su aspecto activo. San Francisco de Sales concede gran importancia a la distinción entre voluntad afectiva y voluntad efectiva, así como entre amor afectivo y amor efectivo. El amor afectivo se parece al amor de un padre por el hijo menor, «un niño pequeño aún bebé, muy amable», mientras que el amor que demuestra al hijo mayor, «hombre ya hecho, buen y noble soldado», es de otra especie: «Este último es amado con un amor efectivo, mientras que el pequeño es amado con un amor afectivo».

De igual modo, hablando de la «constancia de la voluntad», el obispo de Ginebra afirma que no se puede contentar con una «constancia sensible»; es necesaria una constancia «situada en la parte superior del espíritu y que sea efectiva». Llega el momento en que ya no se debe «especular con el razonamiento», sino «endurecer la voluntad». «Nuestra alma, esté triste o alegre, sumergida en dulzura o amargura, en paz o turbada, luminosa o tenebrosa, tentada o tranquila, llena de placer o de disgusto, inmersa en la aridez o en la ternura, quemada por el sol o refrescada por el rocío», no importa, una voluntad fuerte no se deja fácilmente apartar de sus propósitos. «Permanecemos firmes en nuestros propósitos, inflexibles en nuestras resoluciones», pide el autor de la *Filotea*. Es la facultad maestra de la que depende el valor de la persona: «El mundo entero vale menos que un alma y un alma no vale nada sin nuestros buenos propósitos».

El sustantivo «resolución» indica una decisión que llega al final de un proceso, que ha puesto en juego el razonamiento con su capacidad de discernir y el corazón, entendido como una afectividad que se deja mover por un bien atractivo. En la «declaración auténtica» que el autor de la *Introducción a la vida devota* invita a Filotea a pronunciar, se lee: «Esta es mi voluntad, mi intención y mi decisión, inviolable e irrevocable, voluntad que confieso y confirmo sin reservas ni excepciones». Una meditación que no desemboca en actos concretos no serviría de nada.

En las diez *Meditaciones* propuestas como modelo en la primera parte de la *Filotea*, encontramos expresiones frecuentes como estas: «quiero», «no quiero más», «sí,

seguiré las inspiraciones y los consejos», «haré todo lo posible», «quiero hacer esto o aquello», «haré este o aquel esfuerzo», «haré esta o aquella cosa», «escojo», «quiero participar», o también «quiero asumir el cuidado requerido».

La voluntad de Francisco de Sales suele adoptar un aspecto pasivo, aquí en cambio revela todo su dinamismo extremadamente activo. No es por tanto sin razón que se haya podido hablar de voluntarismo salesiano.

Francisco de Sales, educador del corazón humano

Francisco de Sales ha sido considerado como un «admirable educador de la voluntad». Decir que fue un admirable educador del corazón humano significa, más o menos, lo mismo, pero con el añadido de un matiz afectivo, característica de la concepción salesiana del corazón. Como se ha visto, no ha descuidado ningún componente del ser humano: el cuerpo con sus sentidos, el alma con sus pasiones, el espíritu con sus facultades, en particular intelectuales. Pero lo que más le importa es el corazón humano, sobre el cual escribía a una de sus correspondientes: «Es necesario, por tanto, cultivar con gran cuidado este corazón amado y no escatimar nada de lo que pueda ser útil para su felicidad».

Ahora, el corazón del hombre es «inquieto», según el dicho de san Agustín, porque está lleno de deseos insatisfechos. Parece que nunca tiene ni «descanso ni tranquilidad». Francisco de Sales propone entonces una educación también de los deseos. A. Ravier ha hablado también de un «discernimiento o política del deseo». En efecto, el principal enemigo de la voluntad «es la cantidad de deseos que tenemos de esta o aquella cosa. En resumen, nuestra voluntad está tan llena de pretensiones y proyectos, que muy a menudo no hace más que perder tiempo considerándolos uno tras otro o incluso todos juntos, en lugar de ocuparse en realizar uno más útil».

Un buen pedagogo sabe que para conducir a su alumno hacia el objetivo propuesto, sea saber o virtud, es imprescindible presentarle un proyecto que movilice sus energías. Francisco de Sales se revela un maestro en el arte de motivar, como enseña a su «hija», Juana de Chantal, una de sus máximas preferidas: «Hay que hacer todo por amor y nada por fuerza». En el *Teótimo* afirma que «la alegría abre el corazón como la tristeza lo cierra». El amor, en efecto, es la vida del corazón.

Sin embargo, la fuerza no debe faltar. Al joven que estaba a punto de «zarpar en el vasto mar del mundo», el obispo de Ginebra le aconsejaba «un corazón vigoroso» y «un corazón noble», capaz de gobernar los deseos. Francisco de Sales quiere un corazón dulce y pacífico, puro, indiferente, un «corazón despojado de afectos» incompatibles con la vocación, un corazón «recto», «distendido y sin ninguna

coacción». No ama la «ternura de corazón» que se reduce a la búsqueda de uno mismo, y exige en cambio la «firmeza de corazón» en el actuar. «A un corazón fuerte nada le es imposible» — escribe a una señora —, para animarla a no abandonar «el curso de las santas resoluciones». Quiere un «corazón viril» y al mismo tiempo un corazón «dócil, maleable y sometido, dispuesto a todo lo permitido y listo para asumir cualquier compromiso por obediencia y caridad»; un «corazón dulce hacia el prójimo y humilde ante Dios», «noblemente orgulloso» y «perennemente humilde», «dulce y pacífico».

Al fin y al cabo, la educación de la voluntad apunta al pleno dominio de sí mismo, que Francisco de Sales expresa mediante una imagen: tomar el corazón en la mano, poseer el corazón o el alma. «La gran alegría del hombre, Filotea, es poseer su propia alma; y cuanto más perfecta se vuelve la paciencia, más perfectamente poseemos nuestra alma». Esto no significa insensibilidad, ausencia de pasiones o afectos, sino una tensión hacia el dominio de uno mismo. Se trata de un camino dirigido a la autonomía de sí, garantizada por la supremacía de la voluntad, libre y razonable, pero de una autonomía gobernada por el amor soberano.

Foto: Retrato de San Francisco de Sales en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Obra sobre lienzo realizada por el pintor romano Attilio Palombi y ofrecida como regalo por el cardenal Lucido María Parocchi.